



SEGUNDA SERIE.—1861.

Una vista de Chateaudun.

AÑO XIX. 7.

CHATEAUDUN.

Chateaudun, hoy día sub-prefectura del departamento de Eure-et-Loir, era antes, bajo los reyes de la primera raza, el centro de un *pagus* y la capital de un condado. Sigheberto creó en 573 un obispado, que fué suprimido mas tarde por Gontran, á solicitud de Papoul, obispo de Chartres, cuyos dominios se encontraban considerablemente reducidos.

Robada é incendiada, sin saber cuál fuera la causa, por los habitantes de Blois y de Orleans en 584: arrasada en 875 por Rollon, que se marchó á Chartres, Chateaudun, pasando bajo la dominacion de los condes de Chartres y de Champagne, perdió gran parte de su importancia, pues que desde el tiempo de Thibaut el viejo, ó le Tricheur, cierto Rampon que vivía aun en 975, no pudo obtener mas que el título de vizconde de Chateaudun.

En el año 1200 del siglo XIII, la vizcondesa de Chateaudun, al partir para el condado de Perche, mandó que en seguida se vendiese á San Luis por Thibaut VI, conde de Champagne (1234.) Confiscada para castigar al señor Craon que la poseía, complicado en la muerte del condestable de Clipsson, fué nuevamente vendida en 1391 á Luis, duque de Turena y de Orleans, por Gui II, conde de Blois y de Dunois, señor supremo de Chateaudun.

Gui II le hizo cesion al siguiente año á Carlos VI, el cual á su muerte se la legó á su hijo Carlos de Orleans, ya poseedor de Dunois. Prisionero éste en Inglaterra despues de la batalla de Azincourt, la dieron en 1439, el conde de Dunois y la vizcondesa de Chateaudun, con todas sus dependencias, á su hermano natural Juan, bastardo de Orleans, y vástago de la casa de Dunois. Este fué el que hizo construir en 1465 en un costado de la antigua torre de Thibaut le Tricheur esta Santa capilla, en la cual están los sepulcros de la familia de Longueville, y cuyo actual propietario Alberto de Luynes, hizo reparar hace algunos años. María de Orleans, hija del último duque de Longueville, (de la segunda rama de Dunois) casó en 1694 con Luis Enrique de Borbon, y una de sus hijas la aportó en los bienes maternales á la familia de Luynes.

Chateaudun, única villa de la ribera derecha del Loira que le quedaba al rey de Bourges, parece haber estado despoblada por causa de las escursiones de los ingleses, pues en 1494 Carlos VIII dispuso reducir, de doce que eran los individuos que componian su ayuntamiento, á cuatro, á causa (segun dice el acta real) del corto número de habitantes que no permitía renovar tan frecuentemente (cada dos años) una magistratura tan numerosa.

En 1590, durante la Liga, Chateaudun fué tomada y fuertemente tiranizada por La Bourdaisiere. Forzado á alejarse ante las superiores fuerzas del mariscal de Aumont, el gefe de la Liga confió la plaza á los señores La Patrière y de Anviliers; los cuales, aunque ofrecieron defenderla, la abandonaron despues de haber incendiado los arrabales, indigna hazaña que Anviliers pagó mas adelante con su vida.

Chateaudun, despoblada, devastada, cargada de deu-

das, agobiada por impuestos insuficientes para cubrir el déficit de la hacienda, permaneció durante todo el siglo XVII en esta decadencia que debia coronar una suprema catástrofe. El 20 de junio de 1723 se incendió una casa del arrabal de San Valeriano: fomentado este incendio por el viento, penetró en la ciudad, y no se extinguió hasta despues de ocho días que habia reducido á cenizas tres iglesias, cinco edificios públicos y setecientas noventa y ocho casas. San Valeriano y San Pedro quedaron deteriorados, y tres mil pobres no tenían por asilo mas que los caminos ó las concavidades de las rocas.

Luis XV, para atenuar en cuanto le fué posible las consecuencias de este desastre, eximió á Chateaudun por diez años del pago de impuestos, y le concedió un socorro de seiscientos mil francos, y la corta de maderas de la clerecía y del comun. Abasteció de trabajo, de víveres y de abrigos provisionales á aquellos que no lo tenían, y dispuso se procediese á la construccion de la ciudad actual, á la cual pasó el arquitecto Arduin, que trazó en los mismos sitios su plano, algo mas reducido sin duda, pero infinitamente mejor combinado que el de la antigua villa. Esta es hoy de una regularidad demasiado perfecta para que no sea monótona. Forma un cuadro cuyos cuatro ángulos hacen frente á sus cuatro puntos cardinales. Las calles son largas y derechas, las casas muy bellas, la plaza, desde la cual se descubre toda la ciudad, es muy espaciosa, rodeada de aceras y de elegantes faroles. El paseo del Mail es de un aspecto sumamente variado.

De todos los edificios que Chateaudun tenia anteriormente, que eran siete parroquias, seis prioratos, una encomienda de la orden de Malta, dos conventos de religiosos y uno de monjas, no quedan hoy día mas que la iglesia de la Magdalena, la antigua capilla de la Abadía del mismo nombre, restaurada y enriquecida por Carlo-Magno; la capilla, hoy día abandonada, de Chaudé, hermoso modelo de arquitectura y de escultura; la iglesia romana de San Valeriano, en fin, el castillo de los duques de Longueville, construido sobre la roca con tal arte, que mirado desde lejos parece estar pegado como un nido de golondrinas. La antigua torre de Thibaut le Tricheur le domina. En uno de sus muros se lee:

«He sido construida por Thibaut el Viejo ó el Tricheur, conde de Dunois, á principios del siglo X. Mi altura hasta el techo es de 90 pies en total, la flor de lis que la une de 138. Mi diámetro interior tomado por la basa es de 27 pies, y mi circunferencia es de 85, y la exterior de 167.»

Antes de la revolucion, Chateaudun era punto de una jurisdiccion señorial dependiente del bailliage de Blois, y regido por las costumbres locales de Dunois. Los regidores y oficiales del cuerpo municipal, tenían derecho de imponer penas corporales á las gentes artesanas. Hasta que los cargos municipales fueron declarados carga concejil, la ciudad los compraba por la suma de 12,550 libras. Chateaudun tenia anteriormente un comercio importante de lanas y de tejidos; hoy día no se encuentran mas que algunas fábricas de tejidos de algodón, de mantas, y alguna que otra tenería. Su verdadera riqueza es la agricultura. En sus ferias y mercados venden en grandes cantidades los productos de su tierra. Es proverbial allí, que de los noventa y cuatro molinos que cuenta en su circunferencia, por lo regular noventa y uno están empleados en moler trigo.

Chateaudun ha producido algunos hombres conocidos, entre otros el célebre esmaltador Nicolás Tautain; el músico Guédon; Nicolás Chaperon que ha grabado las *Lógicas* de Rafael; pero sobre todos Lamberto Lacors, que ha merecido grandes alabanzas por haber sido el introductor en la tragedia y en el poema épico del verso heroico en la lengua francesa.

Hoy día Chateaudun tiene una poblacion de 6,700 habitantes, los cuales no desmentirán el dicho creado por sus abuelos, «es de Chateaudun» pues él dirá á media pregunta que hay una sub-prefectura, un juzgado de primera instancia, un cuartel de caballería y una biblioteca pública, la cual encierra 6,500 volúmenes. Está admirablemente situado sobre una colina que el Loira baña y rodea.

Es un bello país, muy aplicado y de bastante ingenio para apreciarlo todo; nosotros hallamos en él cuanto se puede desear, y estamos tentados á decir que es un país grato á donde se puede vivir.

MANUEL GUZMAN.

PARIS, LONDRES Y MADRID. (1)

(Conclusion.)

LXXVII.

Ya he hecho notar la rara anomalía de dar en el lenguaje comun una significacion satírica al hermoso dictado de *patriota*. En cambio es un elogio decir de alguno que es *muy pillito*!... Nada mas comun entre nosotros, para expresar el buen concepto que se tiene de un sugeto, particularmente si está constituido en autoridad, que decir de él:—*Es bastante racional*! Un alcalde, un ministro *racional* nos parecen una escepcion. Quisiera equivocarme; pero se me figura que esa y otras mil expresiones corrientes entre nosotros, y sobre todo, esa irritante calificación de *cosas de España*, que solemos dar á todas las cosas malas, son indicios manifestos de que tenemos el sentido moral un tanto pervertido. La opinion pública, salvaguardia de las sociedades vigorosamente constituidas, en la nuestra tiene poca fuerza, y creo que esa poca se emplea mal,—esto es, se emplea en oponer una gran resistencia á las reformas útiles, y rarísima vez en tomar é imponer, por decirlo así, á los gobiernos una fecunda iniciativa. Ya por ignorancia, ya por espíritu de partido, ya por mal entendido patriotismo, mas comunmente apadrina que vitupera las cosas malas; así es que, con frecuencia, arrastra á nuestros gobiernos por sendas cuyos peligros conocen ellos perfectamente, pero de que no se atreven á apartarse ni una línea por temor de hacerse impopulares. No tiene otro origen á mi entender la continuacion de las corridas de toros: lo mismo vuelvo á decir de la

impolítica conmemoracion, al cabo de medio siglo, de los sangrientos recuerdos del 2 de mayo. La sola sospecha de que el ministerio del señor Bravo Murillo se proponia suprimir el nada ortodoxo y muy grotesco *entierro de la sardina*, bastó para levantar una tempestad en las cortes y poner en grave alarma la opinion pública... La oposicion salió bufando contra aquel conato de reforma (presagio de otras mas importantes, acaso menos oportunas) y la cosa se quedó así, segun la expresion consagrada...

Vaya un ejemplo insigne de lógica española y concluyo con este enojoso asunto. En virtud de esa lógica, nuestros ministros hacen decir á S. M., (y por cierto con harta frecuencia) que *altamente satisfecha* del celo, inteligencia y lealtad de don Fulano de Tal, ha venido en.... *dejarle cesante*! Dígaseme si esta manera de discurrir se conoce en ninguna parte del mundo, y si, aun cuando se conociera en todas, dejaria de ser absurda. Es como si dijéramos:—Considerando que hace mucho frio, voy á ponerme en mangas de camisa.—En atencion á que estoy rendido de cansancio, voy á andar otro par de leguas.—Supuesto que es vd. un hombre muy de bien, voy á arrimarle una soberana paliza... Y así sucesivamente. ¿No es esto burlarse del sentido comun?

¿Hay cosa mas ridicula ni mas falsa, que esas fórmulas usadas todavia en las llamadas *Reales órdenes*, por las cuales se hace á S. M. mandar tantas y tantas menudencias, muy impropias generalmente de la magestad real? Treinta años llevamos de gobierno representativo, y aun duran en nuestro lenguaje oficial esas serviles tradiciones del absolutismo, que hacen aparecer á nuestros ministros como unos meros secretarios del despacho, sin facultades propias, sin responsabilidad por consiguiente, escudados siempre con la consabida frase:—«*Enterada de todo S. M.*... se ha dignado mandar,—ó resolver esto ó lo otro.» Recuerdo que en una ocasion metieron mucha bulla los periódicos con motivo de una real orden por la que S. M., muy niña todavia, pero *enterada de todo*, por supuesto, habia venido en resolver que unos.... ¿me atreveré á decirlo?... unos bragueros decomisados en cierta aduana, pagasen no sé qué derechos. A cada paso se nos descuelga la *Gaceta* con resoluciones por este estilo, y todo ¿por qué? por esa especie de horror que tenemos á que se vea la *verdad* de las cosas. A la manera que nuestras patronas de huéspedes advierten en el *Diario* que sus casas *no son casas de huéspedes*, así nuestros ministros, absteniéndose de tomar por sí mismos ni aun la disposicion mas insignificante y echando siempre el muerto á S. M., parece que quieren advertir con sus reales órdenes que *no son ministros*....

Pero dirán algunos:—¿Qué importan esas frases y otras cien que podria vd. citar si todos saben que son valor entendido? Esas son meras fórmulas de cortesía, ó tradiciones oficinescas que nada valen ni significan.

Y yo contesto que si nada valen ni significan, no deben usarse, y mucho menos ponerse en los augustos labios de una reina. Y añado que desgraciadamente significan mucho; significan que vamos poco á poco y cada vez más acostumbrándonos á prescindir del buen sentido, y á hacer gala de atropellarle en las cosas chicas como en las grandes. Añado tambien que á fuerza de falsear las expresiones, acaban por falsearse las ideas, con lo cual se ve todo al revés de como es en sí, y concluyo diciendo que el hombre

(1) Véanse los números desde enero hasta diciembre del año 1859, págs. 20, 41, 51, 86, 111, 128, 164, 187, 213, 232, 234, 282; del pasado 1860 las págs. 141, 150, 194, 281, y la 5 del presente.

no tiene derecho para prescindir de su calidad de ente racional, y que ofende á Dios cada vez que deliberadamente y á sabiendas hace un raciocinio absurdo.

LXXVIII.

Peculiar de los hijos de Madrid es el vicio de pronunciaci6n que consiste en trastocar los sonidos de la *y* y de la *ll*, diciendo *poyo* en vez de *pollo*, —y *pollo* en vez de *poyo*: propio es tambien de ellos el de comerse la *d* final de los vocablos agudos, diciendo *Madri*, *ciudad*, en vez de Madrid y ciudad. Los valencianos convierten esa *d* en *t*, diciendo *Madrit*, *ciudad*, así como los andaluces confunden la *l* con la *r*, la *s* con la *z* y *vice versa*, diciendo *caza* en vez de *casa*, y *casa* en vez de *caza*. —Ya os he dicho que *sordao* se escribe con *l*! advertia á sus discípulos un maestro de escuela rondeño. Mal me parecen estos provincialismos, de que las personas discretas procuran corregirse, pero de que muchos hacen afectado alarde, como si fueran una gracia, especialmente de la viciosa pronunciaci6n y del *dejo* de los andaluces, que cuando no son naturales, empalagan al mas sufrido; pero todavía me parece peor el otro vicio de pronunciaci6n, comun á todos los españoles, con escepci6n de los valencianos, catalanes y mallorquines, que consiste en confundir en uno solo (el de la *b*) los sonidos tan distintos de la *b* y de la *v*. Por mas que este vicio tenga en su abono la antigüedad, de que dá testimonio el conocido epigrama en que se nos moleja de *afortunados*, porque ya en el siglo XVI eran para nosotros una misma cosa *bibere* et *vivere* (beber y vivir); por mas que á muy respetables autoridades académicas haya yo oido sostener con un calor digno de mejor causa, que ese es un *primor de nuestra ortologia* y que es *afectaci6n ridicula* distinguir esos sonidos en la conversaci6n, yo siempre procuraré distinguirlos y consideraré su confusi6n, tan arraigada ya en nuestra lengua, como un defecto, compañero de otro que tambien lamento, á saber, la supresi6n de la *s* líquida, sonido delicado, muy hermoso en mi sentir y que, con mejor acuerdo que nosotros, á lo que entiendo, han conservado del latin los italianos y los franceses. Decir *espíritu*, *Escipion*, me suena tan mal como decir *birgen*, *ábido*, *beamos*....

Tambien estoy muy mal con la moderna manía de suprimir en los vocablos las letras dobles, que la etimologia reclama, y otras que notoriamente les imprimen vigor y cierta especie de sonora redondez..... Así todo el mundo dice ya *ocidente* y no *occidente*; *suceder* y no *succeder*, en la acepci6n de heredar ó seguir á otro en un cargo público, por ejemplo, con lo que nos hemos privado de un verbo y de sus numerosos derivados. Decimos *setiembre* y no *septiembre*; *suscriptor* y no *subscriptor*; *transparente*, *trasformar*, *traspirendico*, y no *transparente*, *transformar*, etc., como deberia decirse. Al paso que vamos, pronto diremos el mes de *otubre*; contaremos los *atos* y no los *actos* de una comedia, y la fachada del Museo nos parecerá *manifica* porque tiene muchas *colunas*. Esto me recuerda el dicho de un ilustre escritor contemporáneo, poeta y hombre de Estado, que asegura con mucha gracia que una columna sin *m*, no sostiene nada.

¿A qué conduce ese afán de empobrecer y mutilar nuestra hermosa lengua, so color de simplificarla?....

LXXIX.

En vez de estemporáneas supresiones de letras que solo conducen á oscurecer ó borrar el origen etimológico de las voces, verdadera ejecutoria de su nobleza, desearía yo que se suprimieran del lenguaje comun tantas palabras ociosas con que solemos rellenar el discurso, y tantas cansadas repeticiones de una misma palabra con que parece en ciertas ocasiones que nos proponemos matar el tiempo.

—¡Vaya, vaya, vaya!...—Tiene V. de que...—Luego des-pues...—¡Le digo á V. que es excelente sujeto! ¡excelente! si señor, ¡excelente sujeto!... (y así se están dos minutos repitiendo que es excelente).—¡Pues señor, bien!—Con que... con que...

Cuando alguno me atraviesa con frecuencia en la conversaci6n cualquiera de estas muletillas, se me figura que me encuentro un pelo en la sopa...

LXXX.

Bajo el título de *Manual de cuquería, Fisiologia del cuco*, se propone hace muchos años un amigo mio muy discreto escribir un libro que sería muy bueno si dijera en él todo lo que se le alcanza sobre la materia; pero no lo dirá ni aun escribirá el libro, porque él mismo es un gran cuco. Seguro estoy de que se guardará muy bien de decir en letras de molde á sus contemporáneos verdades amargas: abstenerse de hacerlo es el *a b c* de la cuquería: decirles mil lisonjas, ponerlos en las nubes, á cien leguas por cima de todos los demás humanos, esta es ya la perfecci6n del arte. La raza de los cucos es abundantísima en Madrid y se necesita cierta habilidad para no confundirla con la de los majaderos, que á Dios gracias tampoco escasea. ¡Cuántas veces se atribuyen á ignorancia ó necedad hechos y dichos que no son mas que efecto de una profunda y sapientísima cuquería! Los que se jactan como de una gran proeza de que *jamás han salido de España*, dando así á entender que fuera de España no hay nada que merezca la pena de moverse para verlo, y que nuestra tierra es por consiguiente el compendio y suma de todas las perfecciones,—cucos! Los que sostienen impávidos que el garbanzo es el rey de los manjares, que las trufas son una porquería, y que donde está la aduana de Madrid, callen todos los edificios del universo,—cucos! Suelen pasar por hombres de cortos alcances y alguna vez lo son en efecto; pero si llevan una levita muy larga, y muy mal hecha, si dicen esas cosas con cierto aire socarrón, y sobre todo si ocupan hace muchos años á la chita-callando, en cualquier dependencia del Estado, alguna de esas canongías oscuras, de que nadie ha oido nunca hablar, pero que están perfectamente dotadas en el presupuesto ó fuera de él y no dan nada que hacer, conocidas con el significativo nombre de *chupamelonas*, de seguro no son tontos, sino cucos y muy cucos! Si á todo esto añade alguno de ellos, con tono sentencioso y aire profundamente convencido, hinchando mucho las narices, aquello de que *en diciendo español todas las naciones tiemblan*,—y lo otro de que *el español por tierra y el inglés por mar*, entonces no hay mas que descubrirse é inclinarse con respeto ante aquel hombre, porque él conoce á fondo la tierra que pisa! Ese es mas cuco que

todos, ó por mejor decir ese ya no es cuco, sino recuco, archicuco y..... culebron.....!!! que es lo que hay que ser en Madrid para abrirse paso.

CONCLUSION.

Voy á resumir (no *reasumir* como hoy se dice).

PARIS me parece la verdadera capital de Europa, lo que vale tanto como decir del mundo civilizado. Su posición ventajosísima y, sobre todo, el genio inventivo y audaz, el espíritu de iniciativa y la condición generalmente amable de sus naturales, le aseguran por muchos siglos, á lo que creo, la especie de no disputada supremacía intelectual y aun política de que disfruta en el mundo.—¿A qué negarlo? Cuando París estornuda, el mundo se suena, me parece un axioma del derecho moderno.

Según una feliz expresión andaluza, para significar que alguna persona tiene lo que se llama don de gentes, París tiene garabatlillo. Y es porque aquella gente, de suyo muy lista, es, no solamente hospitalaria, sino agasajadora. Sé que en España es muy común negar esa supremacía de París, aun por los mismos que mas la acatan en la práctica. Lo comprendería en rigor, si fuese para ellos cuestión de amor propio nacional; pero no hay nada de eso: se la niegan á París, no para atribuírsela á Madrid, lo cual sería demasiado absurdo, sino á Londres ó á Berlín, ó á cualquier pueblo con tal que no sea francés. ¿Por qué? ya lo he dicho: en mi opinión, solo porque los franceses y nosotros somos vecinos. De la gran distancia á que vivimos de ellos, nace nuestra especial afición á los alemanes, sin que yo niegue por eso que valen mucho.

No creo que exista pueblo alguno en que todo esté tan bien previsto como en París para hacer grata la residencia en él á los extranjeros: por eso es también el pueblo adonde acuden en mayor número. El de los españoles que le visitan todos los años es grandísimo y cada vez mayor, á pesar de las penalidades del viage hasta Bayona, que son crueles. Considero un gran bien para nuestro país esas voluntarias emigraciones periódicas, y lamento solo que ciertas preocupaciones ajenas, y mas aun la fuerza de la rutina, esterilicen en gran parte sus resultados. En efecto, la prevención hostil con que unos hacen gala de mirar las cosas francesas y la costumbre que toman otros (los más) de no salir cuando están en París, de unos cuantos puntos céntricos, convirtiendo en Prado el *boulevard* Italiano y el *pasage Jouffroy* en Puerta del Sol, son causa de que se vuelvan á Madrid tan á oscuras como fueron de lo infinito que hay que ver y estudiar en aquella capital. Sus cercanías son hermosas sobre todo encarecimiento: la dilatada selva de Montmorency, con sus cien pueblecitos encantadores, cobijados como nidos en la espesura de sus seculares arboledas: los parques de Meudon, Neuilly y Saint-Cloud: los bosques de Fontenay aux-Roses, toda la campiña que se extiende desde Bougival hasta Saint-Germain, y, para abreviar, todos los contornos de París, son deliciosos. Puntos hay que en algunos de los raros días completamente hermosos que ofrece allí el verano, parecen trasuntos del paraíso. Raros días hermosos he dicho, porque en efecto allí llueve mucho; y para los que, como la mayor parte de mis paisanos, no pue-

den vivir si no ven el sol, esto es sin duda un inconveniente grave. En cuanto á mí que siento de muy distinta manera y que vivo muy bien sin esos abrasadores soles de Madrid que, según la expresión de una amiga mía muy discreta y muy española, solo sirven para *tostar el cútis y dar jaqueca*; yo que respiro mucho mejor una atmósfera fresca y húmeda, que el polvo calizo con que Madrid nos ahoga cuando no nos amaga con una pulmonía el viento seco del Guadarrama, confieso con rubor, aunque parezca una herejía, que prefiero con mucho el clima de París al de nuestra capital. Como quiera, es lo cierto que la mortandad, sobre todo de niños, es aquí proporcionalmente mucho mayor que allí, y que por regla general, es allí la gente mas longeva que aquí, y se conserva mejor, en especial las mugeres. Al decir pues que en París son raros los días *hermosos*, en verano, me conformo á las ideas corrientes entre nosotros, no á las mías; para mí el invierno solo es allí muy duro, y la primavera casi siempre desapacible; pero el verano me parece muy hermoso y el otoño deliciosísimo.

Un excesivo amor al dinero, una propensión fatal á equilibrar al prójimo por la parte del bolsillo, no con violencia, sino con maña—maña llevada á veces hasta la mala fé—deslucen un tanto la fisonomía moral del pueblo de París. Nos figuramos generalmente los extranjeros que somos por *nuestra calidad de extranjeros*, el blanco predilecto de la codicia exagerada cuanto ilícita de los que se dedican á lo que allí se llama el *petit commerce*; pero no es así: la razón de saquearnos con preferencia es que naturalmente somos materia mas dispuesta al saqueo que los parisienses, grandes conocedores del terreno. Así es que en una porción de industrias hay lo que se llama *le prix de Paris*, precio inferior al corriente para todo forastero, incluso los mismos franceses de las provincias,—*les provinciaux*,—gente no menos explotada y saqueada por sus hermanos de la capital, cuando pueden hacerlo impunemente, que nosotros los extranjeros. Me inclino á creer que lo mismo sucede en todas las capitales del mundo; pero acaso en París suceda en mayor escala que en otras partes, por los mayores goces que allí proporciona el dinero, lo que naturalmente estimula y aviva el afán de poseerlo.—Este me parece el verdadero secreto de la codicia extremada de que con razón se acusa al comercio de París, junto con la creciente carestía de las cosas necesarias á la vida, ¿Qué remedio? *il faut bien que tout le monde vive!*....

LONDRES asombra por su magnitud, en primer lugar, por su riqueza, por la actividad prodigiosa de su tráfico y, sobre todo, por esa atmósfera de libertad, digámoslo así, que se respira en aquel pueblo y que él solo conoce: yo á lo menos solo allí la he encontrado. Libertad de imprenta,—de palabra,—de asociación,—de enseñanza,—de cultos,—de profesiones,—de ir y venir (hasta por los andenes de los ferrocarriles circula allí el público libremente, sin que haya necesidad de acorralar á los viajeros en esas especies de jaulas, á modo de toriles, que se usan en París y en Madrid):—todas estas libertades, que juntas forman esa entidad mágica que se llama *la libertad*, solo allí existen de hecho; solo allí el ciudadano es verdaderamente libre, y sin embargo en ninguna parte está tan arraigado como allí el senti-

miento monárquico. El amor al trono es para los ingleses una especie de culto: la persona de su reina es en cada familia un individuo más,—el mas respetado y no el menos querido. *God save the Queen!* no es allí un grito de partido, sino una de las fórmulas del patriotismo,—la espresion de un pensamiento nacional

Mucho menos agradable que París me parece Londres para los extranjeros. Sus continuas nieblas, el humo sofocante y muy súcio del carbon de piedra, la escasez relativa de sus diversiones públicas, y la exagerada carestía aun de las cosas mas necesarias, justifican suficientemente, me parece, la escasa simpatía que aquel pueblo alcanza entre los que no han nacido en él, incluso los mismos ingleses que, á lo que he podido observar, le son poco aficionados. Los ricos prefieren vivir en el campo ó venirse al continente, en especial á Francia y á Italia. Añádese á esto que así como en París todo parece amorosamente dispuesto para atraer y halagar al forastero, allí todo le repele; malas ó carísimas posadas,—fondas detestables (para el gusto general de los hijos del continente), y escasas ó carísimas tambien;—tres ó cuatro cafés á lo sumo en todo Londres;—pocos y decadentes teatros;—dicho se está que nada de esto es muy para seducir al pobre forastero, aburrido de recorrer aquellas interminables calles, aquellos parques mas interminables todavia, sin encontrar mas que gentes que van muy de prisa, cada cual á su negocio, sin mas sitios donde *restaurarse* al paso que malas *tabernas* ó *cervecerías* llenas de gentuza, tal cual poco apetitosa pastelería, y sin el recurso precioso que ofrecen en París al transeunte desocupado sus primorosas y variadas tiendas, capaces de tentar al mismo licenciado Cabra de Quevedo, sus cafés en *pleint vent*, y sobre todo, sus vistosos pasajes tan útiles cuando llueve, que es casi siempre. Todo me parece perfectamente calculado en Londres para la vida de familia; nada para el hombre solo, á la inversa de París, donde el hombre solo vive mucho mejor que en familia, y por mucho menos dinero. Los vecinos de Londres disfrutan sin duda muchas comodidades en sus casas; hasta los pobres conocen á su manera el *confort*, verdadera especialidad inglesa; para el forastero, si no es muy rico, nada hay previsto, salvo los *clubs*, otra especialidad, casi otra institucion inglesa, de la que ya he hablado bastante en estos apuntes, para que sea excusado insistir sobre esto.

Ni la literatura ni las bellas artes están hoy en Londres á la altura que corresponde á una nacion tan grande bajo otros conceptos. Fuera del historiador Macauley y de los novelistas Bulwer, Tuckenay y Cárlos Dickens, no recuerdo en la literatura inglesa contemporánea, ninguno de esos nombres sonoros que despiertan un eco en todas las inteligencias ilustradas. En punto á artistas, nada notable he visto allí en dos exposiciones, fuera de algunas miniaturas y muchas aguadas excelentes, género en que los ingleses han descollado siempre; pero he visto, eso sí, muchos mamarachos pintados al óleo.

Una observacion comparativa haré para concluir. Cuatro veces he salido de Londres para volver al continente, y ninguna con pena; nunca he dejado á París aun despues de pocos dias de residencia, sin llevar el corazon algo oprimido. No creo que esto sea una particularidad mia, antes bien me parece que muchos opinarán ó *sentirán* mas bien

como yo, que París se *hace querer*, al paso que Londres solo se *hace admirar*. Son dos cosas muy distintas, y entre ellas (lo mismo tratándose de ciudades que de personas), opto por la primera.

...

MADRID..... ¿qué diré de Madrid, sin repetir lo que dejo escrito? Temo, y lo sentiré de veras, no haber contentado con ello á los madrileños, en quienes viene ya de muy antiguo la errada creencia de que su ciudad es un portento, juntamente con la rara manía de buscar términos de comparacion entre sus edificios, paseos, etc., y los edificios y paseos de otras capitales. ¡Comparacion imposible! Cada pais tiene sus cosas buenas y sus cosas malas, y como dice nuestro proverbio, *toda comparacion es odiosa*. Recuerdo haber oido contar en mi niñez que un duque de Alba muy discreto, abuelo ó bisabuelo del actual, hizo un viage á París, empresa casi temeraria en aquellos tiempos, en que los muy ricos viajaban en coche de colleras llevándolo todo á la zaga, desde la cama hasta la batería de cocina, y la gente de medio-pelo atravesada en un mulo, parte integrante de una recua. Como hombre muy ilustrado y exento de mezquinas preocupaciones, visitó y francamente admiró, aunque excelente español, las muchas cosas buenas que vió en París, pueblo que aunque sin duda no era á la sazón ni la sombra de lo que es hoy, comparativamente valia ya mucho. De vuelta en Madrid, todos sus amigos preguntaban al duque con la curiosidad que hoy nos inspiraría un viajero recién llegado de la Luna, qué tal le habia parecido esto, ó lo otro, ó lo de mas allá; y S. E., con muy buen criterio, ponderaba lo bueno, censuraba lo malo y daba en suma sobre todo su opinion desapasionada, pero, como es natural, casi siempre favorable á lo que habia visto en la ciudad del Sena. Parece ser que sus elogios no á todos sonaban bien; y no queriendo el duque ni pasar plaza de mal español ni faltar á la verdad, adoptó una fórmula felicísima con que á modo de muletilla contestaba á todas las comparaciones á que le provocaban sus amigos. Hablaba, por ejemplo, del *Louvre* y le decían:— ¡Yá! ¡pero no valdrá lo que nuestro palacio de Madrid!..... Ponderaba el jardin de *las Tullerías* y le objetaban al punto:— ¡Pero por supuesto que no valdrán lo que nuestro Prado!... y así sucesivamente cuando le oponian la iglesia de San Isidro á *Nuestra Señora de París*,— el hospital de la Latina á *Saint Germain l'Auxerrois*,— el puente de Segovia al *Pont Neuf*,— la Granja á *Versalles*,— el Prado á *Saint-Cloud*, etc., etc. A todo contestaba el discreto duque con mucha formalidad:— *¡Esto es otra cosa!*...

Yo no soy duque, ni blasono de discreto; pero contesto tambien:— *¡Esto es otra cosa!*— á los que me preguntan si Madrid me parece mejor ó peor que París y Londres. No creo que haya comparacion posible. Madrid es sin duda una ciudad importante, en la que se puede vivir agradablemente, en que hay muchas cosas buenas que ver; pero no tiene en mi sentir las condiciones que se requieren para ser la capital de una gran monarquía. Mas bien que pequeño, Madrid me parece enano: por mucho que se estire, juzgo imposible que llegue á ser nunca una gran ciudad. Su miserable rio, infecundo y asolador al mismo tiempo; su suelo quebrado y arenisco; la mezquindad primitiva de su planta, sobre la cual no es dable fundar nada grande;— la des-

poblacion de su árida campiña, causa y efecto juntamente de su mal clima, condenan á Madrid á una pequeñez que me atreveré á llamar orgánica. Pueblo herido de una incurable raquitis, cuanto se haga para ponerle al nivel de las grandes capitales de Europa, será tiempo y trabajo perdidos. Con la décima parte de lo que se ha gastado en hacer de Madrid lo que es, Sevilla, Barcelona, Zaragoza, rivalizarían hoy con París ó Londres: hasta el agua que bebemos tiene aquí que venir de fuera. Una de las desgracias de España es tener á Madrid por capital. ¡Obstinacion funesta de nuestros reyes de la casa de Austria! Cualquiera de aquellas ciudades, Lisboa sobre todo, nos hubiera conservado probablemente en posesion no disputada de nuestro antiguo carácter de nacion de primer orden. Todo en Madrid da testimonio de la humildad de su origen, á despecho de la fabulosa antigüedad que le atribuye la *Guía*: calles estrechas y tortuosas, falta absoluta de monumentos históricos, pobreza y oropel, porque la industria aquí no es posible careciendo como carecemos hasta de los primeros elementos naturales de que aquella vive, y siendo como somos una poblacion de empleados, de cesantes, de periodistas y de palaciegos.... ¿Qué sería Madrid si no fuera la capital de España?

España á pesar de todo, y Madrid tambien, están en vía de progreso. Uno muy importante nos falta hacer,—y es que los partidos se convengan de que la posesion del poder, el gobierno en suma,—no es un *fin*, sino un *medio*. Todos sin embargo parece que aspiran á él, como al objeto final de sus deseos, no como al instrumento necesario para realizar con él sus planes:—son como un hombre que pudiese todo su conato en adquirir un violin, y que una vez adquirido, declarase que *no sabe tocar*. El progreso mas positivo que, en mi sentir, hemos hecho de medio siglo á esta parte, es el establecimiento de la guardia civil,—y no hablo aquí del hecho material de haberse establecido, sino del resultado felicísimo de haberse esta excelente institucion encarnado, por decirlo así, en nuestro pais, entrando de lleno en nuestras costumbres, en nuestras ideas, casi me atreveré á decir en nuestros corazones. La guardia civil es ya una conquista de la civilizacion moderna, no simplemente una de esas mejoras prendidas con alfileres que suelen introducir los gobiernos ilustrados y que el espíritu público no prohija, no adopta. Adoptada ya por nuestro pueblo, (—prueba de su inteligencia y bondad naturales), la creo á cubierto de los vaivenes de la política, y con ella lo está la *seguridad pública*, base de todo progreso permanente. El partido insensato ó criminal que destruyese esa arma, dado que alguno fuese poderoso á hacerlo, lo cual dudo mucho, tan arraigada la considero en el pais, nos haria retroceder un siglo en el camino de la civilizacion.

La policia de Madrid me parece poco menos que en la infancia. A mejorarla deben tender, y tienden en efecto, los esfuerzos de todas las administraciones. Al atraso en que aun se encuentra, es debido principalmente el fatal aspecto que presenta nuestra capital cuando se llega de otras mas afortunadas en ese punto. Nuestros llamados *barrios bajos* sobre todo son un anacronismo en este siglo: parecen aduques de gitanos. La costumbre de colgar pañales y trapos en las ventanas; la de salir las mugeres á peinarse junto al arroyo; las bandadas de chiquillos que andan por las calles en cueros ó en camisa,—todo esto y otras muchas in-

congruencias ó súcias, ó inmorales, ó simplemente molestas para el público, deben desaparecer cuanto antes. Es preciso tambien que las gentes,—ordinarias y finas,—empiecen á ser *mejor habladas*. Jurar y blasfemar como hoy es costumbre por cualquier motivo, y á veces sin motivo alguno, es ofender gravemente á Dios, escandalizar al prójimo y degradarse á sí mismo.

Sería un gran bien, me parece, que se suprimiesen las corridas de toros, por las excelentes razones que ya dió Jovellanos y por otras cien que no diré aquí, porque cualquiera se le ocurren y tambien porque.... ¿me atreveré á decirlo?—porque á mí personalmente, lo confieso, *me gustan los toros*. Me gustan y ¡flaqueza todavía mayor! acudo á aplaudir á Cúchares y al Pelon siempre que algun amigo, con sus instancias y su compañía me dá *pretexto* para cohonestar á mis propios ojos tan flagrante contradiccion de mis actos con mis ideas. Pero esto ¿qué prueba? ¿Diré por eso que los toros son una diversion culta y ni aun siquiera *divertida*?—no por cierto. Diré tan solo que la fuerza de la costumbre puede mucho; que es mas fácil conocer el bien que practicarle; y que lo mismo que en tiempo de Ovidio es hoy y será eternamente cierto, aquello de

Video meliora, proboque,
Deteriora sequor.

No veo yo tanto el mal en que haya corridas de toros, como en que se *defiendan* por buenas. Muy aficionados son todavía los ingleses á sus feroces luchas á puñetazos (*to-box*) y no creo que á ninguno se le haya ocurrido decir seriamente que ese espectáculo debe fomentarse: hoy, como espectáculo, esa bárbara costumbre está completamente abolida en Inglaterra. En hacer lo mismo con las corridas de toros ganaremos mucho,—aunque yo y otros de tan mal gusto como yo,—nos quedemos privados de esa diversion.

Los hijos de Madrid, motejados con el apodo de *gatos*, valen mas que su reputacion, á lo que entiendo. Por generalmente pequeños y canijos han estado mucho tiempo exentos de entrar en quintas, aunque otros dicen que no fué esa la razon del privilegio, sino su lealtad heroica á la casa de Borbon en sus largas guerras contra el archiduque Carlos; mas sea de esto lo que quiera, es lo cierto, que ni son menores que los demas hijos de Castilla, ni tienen nada de encanijados. Los creo, por el contrario, mas listos, física y moralmente, que los otros castellanos, y es natural que así sea: en la corte hay que andar aprisa y vivir muy despabillado. Por lo demas, los madrileños (hablo de la gente del pueblo) se me figura á mí que tienen cierta misteriosa analogía con su afamado rio Manzanares. Así como éste se deja pasar casi todo el año á pie enjuto, y de pronto, cuando menos me cato, se le hinchán las narices, sale de madre y se torna furioso torrente, de que dan testimonio dolorosas y recientes catástrofes, así aquel buen pueblo que por lo comun parece indiferente á la cosa pública y que así se le da de lo que va como de lo que viene, suele alzarse súbitamente en sangrientas asonadas que luego se llaman el motin contra Oropesa ó contra Esquilache ó contra el príncipe de la Paz, el asesinato de Viguri, el del cura de Tamajón—y tantos otros.—Por manera que ese pueblo, que parece que ni lee, ni piensa mas que en los toros y en sus asuntos particulares, sale á lo mejor con que tambien él tiene su opinion

política, y en un momento de exaltación, que hoy decimos *pronunciamiento*, la proclama y defiende martillo ó puñal en mano como un solo hombre. Bueno es saberlo.—Suele decirse en tales casos que el siempre heróico pueblo va seducido por algunos *ambiciosos*, como seducen siempre á los príncipes algunos *intrigantes* cuando hacen algo malo. Por regla general yo creo poco en esas seducciones de pueblos y de príncipes.

Lo repito con vivo placer: creo que España va camino recto del verdadero progreso, por mas que con frecuencia nos torzamos á derecha ó á izquierda, ya que pararse ó retroceder en ese camino sea imposible, cumpliéndose así el profundo dicho de Bossuet: *l'homme s'agite et Dieu le mène!* Los ferro-carriles trasformarán por completo la faz de nuestro país, y rectificarán en él las ideas, que es de lo que tenemos, á mi juicio, mas urgente necesidad. Lástima es que haya en nuestros ferro-carriles algo de improvisado y prematuro que, en mi sentir, ha de paralizar bastante sus buenos efectos. Como quiera, es lo cierto que somos ya mas activos y emprendedores que nuestros padres; vivimos con mas comodidades que ellos; sobre todo, somos mas libres: esto ya es algo. Sin duda que en lo moral dejamos todavía bastante que desear; pero cuando leo la historia de los reinados últimos, no veo que en esto nos llevasen nuestros padres gran ventaja. En cuanto á nuestros antiguos vicios capitales, la intolerancia y la envidia, continúan sin novedad en su importante salud. La primera, sin embargo, se me figura que va tomando entre nosotros formas menos áeres y sobre todo menos perseguidoras y crueles que en otros tiempos; y no hablo de épocas remotas, ni de aquellas matanzas y proscripciones en masa, de judíos, moriscos y protestantes, cuyo relato nos hace estremecer como el testimonio horrible de una ferocidad de costumbres que á la verdad compartíamos entonces con todas las naciones de Europa: hablo solo del siglo presente. No se olvide que desde el año 14 hasta los principios del reinado actual, el suelo español ha estado recibiendo un apenas interrumpido rocío de lágrimas y sangre española. Mucha sangre y muchas lágrimas ha hecho luego derramar tambien la guerra dinástica y política, cuyos últimos chispazos suelen teñir de tarde en tarde el horizonte con fúnebres resplandores; pero á pesar de los odios que naturalmente ha engendrado, los que á consecuencia de ella, todavía y ya de muchos años á esta parte,

el agua beben de estrangeros rios,
mil veces con sus lágrimas mezclada,—

la beben porque les gusta ó les prueba mejor que la de España, no porque ningun decreto de proscripción los condene á ello. Al cabo de tantas amnistías, todas las emigraciones son ya voluntarias. Mas diré: no creo que fueran hoy posibles las odiosas persecuciones de *afrancesados* y de *liberales* que desdoran la historia de nuestros padres, aun cuando desgraciadamente se reprodujeran entre nosotros las tristes circunstancias á que fueron debidas. El pueblo español, me parece, no se asociaría ya hoy con la docilidad que entonces á las implacables venganzas de un hombre ó de un partido, lo cual no prueba que *sienta* hoy menos, sino que *discurre* mas y mejor. Tambien este es un grande y verdadero y progreso.

Madrid se va ensanchando y hermozeando, aunque lentamente. Apruebo mucho lo segundo, pero no lo primero: no creo que Madrid deba ser mayor de lo que es ni obstinarse en ese vano afán de irse pareciendo *cada vez mas* á París ó á Londres, siendo así que, por mucho que haga, siempre se irá pareciendo *cada vez menos*. No hay remedio: cada día que pasa nos aparta un poco mas de aquel modelo imposible de alcanzar, y la razon es muy obvia:—están las dos ciudades mutuamente en el caso de dos hombres que fueran corriendo uno detrás de otro, y de los cuales el primero llevase al segundo mucha delantera y corriese mucho mas aprisa. ¿Cuándo se encontrarían? jamás. Mejor haríamos, pues, á lo que entiendo, en renunciar definitivamente á una competencia tan desairada como ruinosa y en dar otro sesgo al espíritu y forma de nuestras mejoras municipales. En vez de una mala ciudad *del Norte*, tengamos una elegante capital *del Mediodía*; proyectemos y construyamos con arreglo á nuestro clima, á nuestras necesidades y á nuestras costumbres. ¿Para qué queremos anchurosas plazas, como la de la *Concordia* de París, ó la de *Trafalgar* de Londres?—el sol abrasador de nuestros veranos, nuestros mortíferos vientos del Guadarrama las rechazan de consumo. ¿Para qué queremos calles anchas como la de *Rivoli* ó como el *Strand*? nuestra población que siempre será reducida, no las necesita.

Siempre será reducida la población de Madrid por mucho que *se fuerze*, digámoslo así, como está sucediendo de algunos años á esta parte, la afluencia de habitantes y de capitales á la corte. Considero muy peligrosa para el porvenir esa centralización exagerada de todas las fuerzas productoras del país, que va rompiendo el necesario equilibrio entre la cabeza y los miembros. España está amagada de apoplejía; todo el dinero, toda la inteligencia, todos los recursos, en suma, se le van subiendo, no sé si á la cabeza ó al corazón ó al estómago. Me inclino á este último, pues, Madrid no hace mas que tragarse, á veces muy estérilmente, toda la sustancia de la nación. Y entretanto las extremidades del cuerpo social se van enfriando lastimosamente: á vueltas de unas cuantas ciudades en que se ven sorprendentes mejoras locales, como Valladolid por ejemplo, ¿cuántos de nuestros pueblos, cuántos, carecen hasta de lo estrictamente necesario! El ánimo mas entero se abate y contrista al ver en lo interior de las provincias, *millares de pueblos* que carecen, unos de iglesia, otros de escuela ó de cárcel, ó que tienen en un estado completamente ruinoso los miserables edificios (casuchas indecentes, diría mas bien) destinados á esos objetos. De carreteras no hablemos; fuera de las grandes líneas: por donde no pasan estas, raro es el puente que no amenaza ruina; de los caminos vecinales apenas existe mas que el nombre; hasta los de herradura, únicos que se conocen en muchos distritos, ofrecen peligros para el tránsito, tal es el lamentable abandono en que se encuentran. Muchos de nuestros lugares pequeños, mas que moradas de hombres, parecen madrigueras de alimañas: vistos de lejos, algunos se me han figurado montones de escombros. Bien se puede asegurar que un tercio de las construcciones civiles de nuestro país, está poco menos que deruido; otro tercio, casi apolillado; y que del tercio restante se podrían sacar pocos edificios en cabal estado de salud.... Urge pues reparar tantas ruinas, antes que hermozear á Madrid. Lo contrario sería echar coche sin tener zapatos.